

OCHO Ó NUEVE NÚMEROS AL MES.

RECERO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

MADRID: Tres meses 9 rs., seis 18, y un año 30.
PROVINCIAS: Tres meses, 10 rs., seis 18, y un año 34.

Dirección.—Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

EXTRANJERO: Tres meses 15 rs., seis 28, y un año 54.
AMÉRICA: Seis meses 28, y un año 70.
FILIPINAS: Seis meses 60, y un año 110.

Administración.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

DEBILIDADES HUMANAS.

Lector amigo, hoy te voy á hablar de los embusteros. Siendo la mentira el vicio á la moda, los embusteros son personas importantes, y que en todas partes y en todas las clases están en primer término.

Grande es el número de los tontos y de los embusteros, y bien puede afirmarse que hoy por hoy el mundo es suyo.

La mentira política reina aquí tiempo hace. Los embusteros políticos nos gobiernan como les da la gana, hace muchos años, y por eso en política todo es una pura mentira. Todos los hombres políticos están pidiendo siempre un Presupuesto verdad, una ley verdad, y otras verdades, lo cual indica bien claro que hay mucha mentira.

Háganme VV. el favor de decirme si ha sido verdad lo que se ha dicho sobre Hacienda por los que hasta ahora han manejado la cosa pública; el lastimoso estado de aquella dama de todos los pensamientos, es la prueba más categórica de que se nos ha querido hacer tragar ruedas de molino.

Y ¿qué me dicen VV. de los programas ministeriales?... Todavía no he visto yo uno fielmente cumplido; luego estoy en mi derecho para decir que son mentira gorda. Los programas ministeriales, y los programas de partido, y los programas de los que quieren coger el mando, son siempre una cosa en el dicho y otra en el hecho, es decir, que son mentira; y que me pruebe el que pueda lo contrario.

La mentira es, en el orden político y moral, uno de los más acreditados agentes de la corrupción.

Por la presente, todas son exajeraciones en la política, de donde deduzco que la política moderna es, en general, una mentira muy grande, y dos cuartos doy á quien me pruebe que esta no es una verdad.

¡Cuántos perjurios! ¡cuántas promesas no cumplidas! ¡cuántos convenios rotos! ¡cuántas contradicciones monstruosas! ¡cuántas mentiras, en fin, podría señalar, si tuviera tiempo y humor y si VV. no supieran todo eso tan bien como este último servidor de Dios y de VV!...

¡La mentira! ¡la calumnia! ¡la adulación! He aquí el gran poder del siglo; he aquí lo que vale, en apariencia, más que la verdad; lo que ha pervertido nuestras costumbres políticas y sociales, trayéndonos á esta confusión, en la que no nos entendemos, á esta merienda de negros de donde huye la verdad horrorizada.

La calumnia y la adulación ayudan grandemente á la política moderna. Aquella, dice Jouy, obra como una rueda de engranaje en el mecanismo de la mentira universal, cuyo gran motor es la política. Bajo el nombre más modesto de maledicencia ó murmuración se ocupa en zaherir

las virtudes, en desmoralizar las acciones más honradas, en rebajar todo lo que es grande y en reducir todas las grandezas del talento á las viles dimensiones de la intriga y del interés.

He leído, no sé dónde, esta definición de la adulación:—«Un comercio baladí, en el cual se devuelve fielmente mala fé por mala fé, y en el que todo sirve, menos la verdad.»

Dejaré la mentira política á un lado; dejaré á los embusteros políticos, que son gente incorregible y que harán el mismo caso de lo que yo diga que de la carabina de Ambrosio colgada de un palo.

No va V. á ninguna parte donde no tropiece con un embustero ó varios. Todas las muchachas guapas tienen una escolta de embusteros, que las hablan de amor, sintiéndole lo mismo que el caballo de la Plaza Mayor; y muchas de aquellas son, al fin y al cabo, víctimas de algun embustero malvado, porque la mentira es más favorablemente oída que la verdad.

Ponderen VV. las verdaderas virtudes de una mujer cualquiera, y todos lo oirán casi con indiferencia; pero póngase un embustero á referir los devaneos de una dama, devaneos inventados por él, y todos le darán crédito y le oirán con vivo interés, y darán toda la posible publicidad á la mentira.

¿A qué otra cosa que á la mentira y á la farsa se deben esas quiebras, esos truenos de compañías de crédito y particulares?... No hay vividor que no encuentre quien le crea y le preste su ayuda; el que armado de la mentira se presenta, tiene adelantado, para lograr sus fines, mucho más que el que se presenta con la verdad por delante. Y es que es ya tan rara y poco frecuente la verdad, y tan acostumbrados estamos á la mentira, que esta nos parece la verdad.

Generalmente se da poquísima importancia á las mentiras que no parecen trascendentales; hay hasta quien oye con gusto á un embustero, sabiendo positivamente que tiene por costumbre no decir una palabra de verdad. Este es un gravísimo mal. La mentira, por insignificante que sea, es repugnante y debe combatirse. Un niño á quien no se le corrige el vicio de mentir, puede ser, cuando hombre, muy peligroso para la sociedad. Si los niños se acostumbrasen á la verdad, si los padres pusieran especial cuidado en no dejarles pasar la mentira más insignificante, mirarian con horror la mentira, conocerian la fealdad de este vicio, y otra sería la sociedad. Una niña que le miente á su madre, le mentará luego al amante, al esposo, á sus mismos hijos; y ¿cómo habrá de corregir en estos la mentira?... Un niño que miente en su casa, mentará, cuando hombre, á sus maestros, á sus amigos, á su patria.

La mentira es la madre del orgullo, la hipocresía, la malicia y la envidia. Es lo que más daño hace en el mundo.

En el matrimonio más feliz del mundo, una

mentira dicha inocentemente por el esposo ó por la esposa, puede ser la pérdida de la bendita paz que debe reinar en los buenos matrimonios.

¿Quién no conoce á algun embustero de café?...

Este embustero es un hombre que tiene por oficio cualquiera, y por profesion mentir. Miente sobre política, y hace creer las noticias más absurdas é inverosímiles, y muchas veces los periódicos dan noticias que no tienen otro origen que el de haberlas dado un embustero de café. Desdichadas las mujeres que tienen por amigo, ó simplemente conocido, á uno de estos empedernidos embusteros. El hablará de ellas de modo que todo el mundo las crea frágiles y alegres de cascos, aunque sean modelos de virtud. Tenga V., caballero, por amigo un embustero de esos; no le haga V. algun favor que le pida, contradígale V. alguna mentira, y ya verá V. cómo se venga de V. contando mentiras, que es una atroz venganza, porque podrá haber quien no las crea, pero basta con que encuentre algunos que las crean para que estas corran y corran, y le pongan á V. en evidencia.

Y pídale V. luego cuenta de las mentiras, que ya hallará modo de hacerle á V. creer que él no las ha dicho, y hasta que las ha oído, y le han indignado, y las ha desmentido.

Estos embusteros hasta la verdad la convierten en mentira, porque la verdad la exajeran y la desfiguran, porque es imposible que digan ellos la verdad una vez.

Hay embusteros de infinitas clases.

Los unos son embusteros con alevosía, premeditación y ensañamiento, como los asesinos; dicen la mentira para perjudicar ó perder á otra persona, y debian ser castigados como el ladron doméstico.

Otros son fanfarrones del amor, seductores afortunados, que en su vida se acercan á una mujer, y si se acercan reciben un sofion ó un revés, y sin embargo, se vanaglorian de no hallar quien los resista,—y es verdad, que no se les puede resistir,—y así cuentan sus aventuras con mujeres casadas como con inocentes colegialas. A veces, uno de estos embusteros, que son además de embusteros osados é indiscretos, suelen recibir una bofetada de cuello vuelto, bien merecida; pero no por eso dejan de seguir siendo embusteros, porque al fin y al cabo la bofetada no la oye todo Madrid, ni los periódicos dicen nunca:—«Ayer dieron dos bofetadas al apreciable don Fulano, porque estaba diciendo infames mentiras.»

Otros tienen por costumbre hacer creer que lo saben todo, que de todo entienden, que á todo el mundo conocen, que con todo el mundo comen, que las personas más eminentes se honran muy mucho con su amistad, que tienen gran influencia, que hacen favores á todo el mundo, que gracias á ellos se hacen todas las reformas políticas,

que escriben en los periódicos, y que van á ser todo lo que quieran. Con estos embusteros suelen suceder lances graciosísimos. Recuerdo que un día, en la Puerta del teatro Real, contaba uno en un corro donde se hallaban varios, que aquella noche había comido en casa de los duques de M...

El duque de M... que lo oía, y que á veces tiene gracia, contestó:

—Es verdad, sí, señor, el cocinero me dijo que le permitiera tener hoy un convidado, y habrá sido V. sin duda, el que ha honrado mi cocina.

El embustero se quedó corrido entonces, pero sigue mintiendo como un descosido.

En todos los teatros hay espectadores que conocen y tratan á los actores y á los autores, y sobre todo á las actrices, y acaso no han pasado en su vida de la puerta del vestuario.

¿Y los que, siendo unos pobres peleles, que ni tienen ni merecen tener dos pesetas, quieren hacer creer que son oficiales de secretaria, cesantes y escritores públicos perseguidos, ó conspiradores pregonados, hombres, en fin, que tienen por cualquier concepto una gran importancia?

Estos, sobre ser embusteros, son tontos.

En los límites de mi artículo no es posible clasificar todas las familias de embusteros que se conocen. Dejo, pues, pendiente el asunto, que merece ser tratado despacio, porque la mentira es el origen de todos los males.

LA CARIDAD.

Muchos de los que dedican sus ratos de ocio á buscar por el mundo una satisfacción completa, una dicha cumplida, se encuentran con frecuencia en el triste caso de tener que desistir de su natural propósito.

La mayor parte de las cosas que no conseguimos encontrar, es porque no sabemos buscarlas.

Todo lo vulgar, todo lo pequeño, todo lo insignificante ha carecido siempre del privilegio de llamar la atención.

Son muy pocos los que creen que un grano de arena puede ser la base del edificio de la felicidad.

La tranquilidad de la conciencia, no es otra cosa que el premio de las buenas acciones.

Todos deseamos con avidez llegar á poseer ese bienestar interior, esa paz misteriosa y codiciada que lleva la fortaleza al humano espíritu.

No habrá una sola persona en el mundo que no desee vivamente poder decir: —«Soy feliz, porque tengo en calma la conciencia.»

El deseo es general; pero el ver realizado semejante deseo, está reservado á muy pocos.

Ya me parece estar oyendo á varios de mis lectores algo parecido á lo siguiente: —«Pero existen en el mundo satisfacciones completas y dichas cumplidas?»

—Sí, señores míos: en el mundo puede alcanzarse la paz purísima é inalterable de la conciencia.

En el mundo puede disfrutarse de un goce verdaderamente celestial y respetado siempre por los pesares de la vida.

En ninguna parte mas que en el mundo puede alcanzarse el consuelo que producen las buenas acciones y la satisfacción que resulta de la práctica bien entendida de la Caridad.

Todos los placeres tienen su parte de veneno.

El placer del avaro es un placer lleno de sobresaltos y de congojas.

El del amante participa del martirio de la duda y de la ponzoña de los celos.

El del jugador es un verdadero tormento, una lucha incesante, una negra pesadilla que no abandona á su víctima á ninguna hora.

Los goces materiales no son otra cosa que brillantes meteoros que en la oscuridad de la noche nos iluminan un solo momento, para sumirnos despues en la profundidad de las tinieblas.

Los placeres se parecen á las rosas, que cuanto más bellas son y mayores los atractivos que presentan, más punzantes y en mayor número son las espinas de que se ven rodeadas.

Los placeres de la tierra, se debilitan, y se agotan, y mueren.

Pero la inefable satisfacción que nos causa el ejercicio de las buenas obras, el placer de que se llena nuestro corazón cuando practicamos un acto de verdadera caridad, no se debilita, no se agosta, no muere nunca.

Es un placer que descende de Dios, y que, como Dios, es eterno.

Está por encima de todos nuestros vicios y de todas nuestras flaquezas.

No hay hiel que pueda acibararle, ni sombra de dolor que se atreva á oscurecerle.

Es un placer que nos acompaña por todas partes, y que no abandona el mundo hasta que nosotros le abandonamos.

¡Bendita sea la Caridad, bálsamo saludable que cicatriza las heridas de nuestra alma y borra las huellas del infortunio!

¡Bendita sea la Caridad, que todo lo engrandece y todo lo purifica!...

¡Bendita sea la fuente de donde brota el amor de los amores, porque la Caridad es la esencia del amor y el principio de todos los bienes!...

A primera vista parece que no hay nada tan fácil

ni tan sencillo como llegar á poseer el medio de conservar el reposo de la conciencia.

Pero la verdad es que no todos los que hablan de Caridad, ni todos los que en la apariencia la practican, están llamados á recibir la recompensa.

Hay muchos en el mundo que no encuentran lo que buscan.

Y esto consiste indudablemente en que no comprendemos lo que es la Caridad, lo que la Caridad significa.

Olvidamos muy á menudo que la caridad es tan modesta como la modestia misma, y lo olvidamos hasta el punto de confundirla con la vanidad.

La Caridad no necesita de nada ni de nadie para resplandecer sobre todas las virtudes.

La Caridad no brilla casi nunca, cuando vé su nombre impreso en grandes cartelones, ó estampado en las columnas de los periódicos.

Teme, sin duda, que se la confunda con la vanidad.

Teme verse sorprendida á la mitad de su camino.

La Caridad es tan humilde, que las alabanzas la ruborizan y los aplausos la ofenden.

Es una flor preciosísima que pierde todo su perfume cuando no se la sabe tratar.

¿Quereis, lectores míos, contemplar á la Caridad en todo su esplendor y en toda su grandeza?

Pues venid conmigo.

Debo advertiros, sin embargo, por si lo que voy á decir retrajera á alguno de seguirme, que la Caridad, para abrirnos sus amorosos brazos, exige algun sacrificio de nuestra parte, y el que nosotros vamos á imponernos es el de subir ciento y tantos escalones hasta llegar á una miserable guardilla, que es uno de los sitios preferidos por la Caridad para ejercer sus funciones.

Demos por recorrida, si os parece, la distancia que nos separa del lugar á donde dirigimos nuestros pasos, y fijémonos, para formar una idea aproximada de la miserable vivienda en que vamos á penetrar, en la mezuquina y descuidada puerta que la sirve de entrada.

Las puertas de las casas de los pobres, son objetos de puro lujo, porque casi siempre están abiertas.

Los pobres, como no temen que les roben, porque nada poseen, piensan poco en llaves y cerrojos.

Pero penetremos, lectores, penetremos en la mansión de la desgracia.

Figurémonos que nos hallamos en una desmantelada habitación, compuesta de una sola pieza, y que apenas hemos dado los primeros pasos advertimos ya que son vivísimos los destellos que despide la antorcha de la Caridad.

Una mujer, con el rostro demacrado y con el cuerpo lleno de harapos, sale á recibirnos.

Es la madre de cuatro hijos, de cuatro criaturas de semblantes cadavéricos, de las cuales dos duermen sobre un monton de paja, y las otras dos, agarradas al deteriorado vestido de su madre, no cesan de repetir con desfallecidas voces: —«¡Pan!—¡Pan!—¡Tenemos hambre!...»

Ante tan desgarrador espectáculo la Caridad sigue brillando.

La pobre madre nos contempla con una mezcla de gratitud y de curiosidad, que ella misma no acierta á explicarse.

Las lágrimas se deslizan por las encendidas mejillas de tan infortunada criatura.

Todos, movidos á compasión, depositamos algunas monedas en la descarnada mano de la infeliz mendiga, de quien en aquel momento se apodera una sensación extraña, un consuelo regenerador que no está acostumbrada á experimentar.

Es la emoción del sentimiento, que en algunos casos es tan espiritual y tan magnífica como el sentimiento mismo.

Es el aura vivificadora de la Caridad.

¡Mirad cómo la desgraciada madre, despues de elevar al cielo sus ojos humedecidos por las lágrimas, nos contempla con una expresión de tierna gratitud!

¡Ved con qué placer se recrea en sus cuatro pequeños!

Todo es efecto de la Caridad.

Ahora retirémonos en silencio para no turbar la natural alegría de la madre, que ya puede comprar pan para los hijos de sus entrañas.

He aquí, lectores míos, la verdadera imagen de la Caridad.

Los que así la practican, los que gozan socorriendo las necesidades del prójimo, los que gustan de dejarse guiar por la luz de una Caridad bien entendida, son los que experimentan ese gozo interior y esa satisfacción purísima que con nada puede compararse, porque á nada se parece.

Recordemos, sin embargo, que el acudir en socorro de la desgracia, enjugando las lágrimas de los que lloran, pierde toda su importancia y todo su mérito, y deja de ser un acto de verdadera Caridad desde el instante en que, impulsados por una vanidad ridícula, nos proponemos hacer conocer al mundo, por medio de las cien trompas de la fama, la necesidad que hemos socorrido, ó las lágrimas que hemos enjugado.

No es eso lo que desea la Caridad.

La Caridad desea reposar en todos los corazones, pero no quiere ser objeto de una mirada indiscreta ó de una palabra imprudente.

La Caridad quiere vivir en la oscuridad y en el silencio, porque es enemiga de presenciar las grandezas de la miseria.

Si quereis encontrarla, no la busqueis en torno de la felicidad: buscadla donde haya pesares que consolar, ó necesidades que socorrer.

La Caridad ocupa siempre un lugar muy preferente al lado de la desgracia.

Una inundación destruye todo un pueblo.

La desolación y el espanto se advierten por todas partes.

Imponentes ruinas se ven envueltas en un inmenso lago.

Los sollozos y los lamentos de los pobres morado-

res que han podido escapar con vida, contribuyen á hacer más sombrío y desconsolador aquel cuadro terrible, que no es posible contemplar con ojos enjutos.

La mayor parte de las familias han quedado envueltas en la miseria.

El desaliento se apodera de todos los corazones.

Parece imposible encontrar remedio á tantas calamidades, ni consuelo para tan grandes aflicciones.

Pero en medio de aquel cuadro desgarrador, en medio de aquel monton de ruinas y de recuerdos, se levanta brillante y magnífica la luz de la Caridad.

La Caridad es la eficaz medicina que derrama el mismo Dios sobre los dolores que afligen al género humano.

La Caridad hace desaparecer los horrores de la inundación, y lleva el placer de la resignación á todos los corazones.

Porque la Caridad es santa, y solo puede derramar en su camino beneficios y consuelos.

La Caridad es como Dios, que se encuentra en todas partes.

¿Quién no la ha visto brillar en las espaciosas y sombrías salas de los hospitales?

En los hospitales la Caridad es considerada siempre como un artículo de primera necesidad.

En esos sitios hospitalarios, donde muchas veces se carece hasta de lo más indispensable, ¿no habeis reparado, queridos lectores, qué pesada es la atmósfera que se respira y qué poco grato el espectáculo que presenta cuanto se ofrece á nuestra mirada?

¿No os ha ocurrido que tiene mucho de elocuente la profunda tristeza que se retrata en los desencajados rostros de tantos desventurados como yacen postrados en el lecho del dolor?

¿No os habeis detenido á considerar cuán amarga y cuán triste es la suerte de los pobres?

¿No os ha conmovido el ver á tantos infelices próximos á espirar, sin tener una persona de su familia á quien volver los ojos, y sin escuchar una palabra cariñosa que les dé valor en sus últimos momentos?

¡Ay, lectores! ¿qué sería de los desgraciados que van á morir á un hospital si Dios no velara por ellos?

Dios cuida de los pobres, y por eso la Caridad, que es la mensajera de Dios, se pasea orgullosa y tranquila por las desmanteladas y frías salas de los hospitales.

A todos los enfermos acude y á todos les ofrece consuelos.

Da resignación al que vacila, fuerzas al que desfallece, esperanzas al que las ha perdido.

¡Qué hermosa es la misión de la Caridad!...

¡Dichosos los que pasan por el mundo recibiendo las bendiciones de sus semejantes!

¡Dichosos los que se acercan con más gusto á la puerta del desvalido que á la del poderoso ó á la del magnate!

¡Dichosos los que saben ejercer la más hermosa de las virtudes!...

Pero no olvideis, apreciables lectores, que es muy fácil equivocarse al practicar la Caridad.

No olvideis que hay caridades muy sospechosas....

No confundais el gozo y la verdadera satisfacción que producen las buenas obras con el deleite despreciable y efímero de los encantos propios del orgullo.

Cumplid con Dios antes de cumplir con el mundo, porque de ese modo no vereis, es cierto, halagada vuestra vanidad, pero conseguireis encontrar o que inútilmente van buscando muchos por esta vida, que es la tranquilidad de la conciencia.

Los dos grandes preceptos de la Caridad, son la humildad y el amor al prójimo.

Por eso la Caridad, que no gusta de farsas ni de ruidos, ni de vanidades, solo se considera feliz cuando se encuentra en medio de la pobreza.

FRANCISCO DE LA CORTINA.

TOROS.

¡Ay, señor Director! ¡qué hombre tan pesado es el que me persigue!... Le digo á V. con verdad, que estoy aburrida, porque al fin, una tiene el alma en su almario y siente una, y en fin, una, cuando ve á un hombre tan rendido y tan enamorado, y se acuerda luego de su marido.... ¡Ay, señor Director de mi alma!—cualquiera creería que es V. un señor cura,—paso ratos muy amargos. El domingo hubo toros; á las doce nos empezamos á vestir mi amiga y yo, que, aunque la corrida no empieza hasta las cuatro y media, ya sabe V. que las mujeres necesitamos ese tiempo y más para vestirnos, sobre todo cuando tenemos que ver pelo por pelo si entre ellos hay alguna canita, no porque sea yo una vieja, nó, señor, sino porque con tantos disgustos no tendria nada de particular que se me volviera blanco el pelo y aun que me quedase calva, que en verdad digo á V. que ni el ministro Alonso, estudiando la Hacienda, tiene más quebraderos de cabeza que yo. Pues señor, á la una paró á la puerta de mi casa y de V., calle de la Estrella, un coche, y como yo tengo la costumbre de asomarme al balcon en cuanto oigo parar un coche, me asomé y vi uno magnífico, tirado por dos yeguas, no sé si eran yeguas ó yeguas, con su cochero, más elegante y estirado que un diputado en día de ceremonia, y su tacayo, con una levita de cuerpo entero. Pues señor, del coche no bajó nadie; pero como en el cuarto principal vive un médico, creímos mi amiga y yo que el coche se lo enviaria un enfermo para que fuese más pronto; pero el médico no bajaba, ni se abría el coche, y el cochero se recostó sobre la cubierta del coche, como quien trata de echar un sueño.

Mil conjeturas estábamos haciendo, al mismo tiempo que nos retocábamos y hermoseábamos, cuando oímos un fuerte campanillazo.

—¿Quién será? dijimos las dos á un tiempo.

De puntillas fui á la puerta, miré por el ventanillo y vi la magnífica, grave figura del lacayo, con unas patillas que metían miedo.

Los sollozos y los lamentos de los pobres morado-

res que han podido escapar con vida, contribuyen á hacer más sombrío y desconsolador aquel cuadro terrible, que no es posible contemplar con ojos enjutos.

La mayor parte de las familias han quedado envueltas en la miseria.

El desaliento se apodera de todos los corazones.

Parece imposible encontrar remedio á tantas calamidades, ni consuelo para tan grandes aflicciones.

Pero en medio de aquel cuadro desgarrador, en medio de aquel monton de ruinas y de recuerdos, se levanta brillante y magnífica la luz de la Caridad.

La Caridad es la eficaz medicina que derrama el mismo Dios sobre los dolores que afligen al género humano.

La Caridad hace desaparecer los horrores de la inundación, y lleva el placer de la resignación á todos los corazones.

Porque la Caridad es santa, y solo puede derramar en su camino beneficios y consuelos.

La Caridad es como Dios, que se encuentra en todas partes.

¿Quién no la ha visto brillar en las espaciosas y sombrías salas de los hospitales?

En los hospitales la Caridad es considerada siempre como un artículo de primera necesidad.

En esos sitios hospitalarios, donde muchas veces se carece hasta de lo más indispensable, ¿no habeis reparado, queridos lectores, qué pesada es la atmósfera que se respira y qué poco grato el espectáculo que presenta cuanto se ofrece á nuestra mirada?

¿No os ha ocurrido que tiene mucho de elocuente la profunda tristeza que se retrata en los desencajados rostros de tantos desventurados como yacen postrados en el lecho del dolor?

¿No os habeis detenido á considerar cuán amarga y cuán triste es la suerte de los pobres?

¿No os ha conmovido el ver á tantos infelices próximos á espirar, sin tener una persona de su familia á quien volver los ojos, y sin escuchar una palabra cariñosa que les dé valor en sus últimos momentos?

¡Ay, lectores! ¿qué sería de los desgraciados que van á morir á un hospital si Dios no velara por ellos?

Dios cuida de los pobres, y por eso la Caridad, que es la mensajera de Dios, se pasea orgullosa y tranquila por las desmanteladas y frías salas de los hospitales.

A todos los enfermos acude y á todos les ofrece consuelos.

Da resignación al que vacila, fuerzas al que desfallece, esperanzas al que las ha perdido.

¡Qué hermosa es la misión de la Caridad!...

¡Dichosos los que pasan por el mundo recibiendo las bendiciones de sus semejantes!

¡Dichosos los que se acercan con más gusto á la puerta del desvalido que á la del poderoso ó á la del magnate!

¡Dichosos los que saben ejercer la más hermosa de las virtudes!...

Pero no olvideis, apreciables lectores, que es muy fácil equivocarse al practicar la Caridad.

No olvideis que hay caridades muy sospechosas....

No confundais el gozo y la verdadera satisfacción que producen las buenas obras con el deleite despreciable y efímero de los encantos propios del orgullo.

Cumplid con Dios antes de cumplir con el mundo, porque de ese modo no vereis, es cierto, halagada vuestra vanidad, pero conseguireis encontrar o que inútilmente van buscando muchos por esta vida, que es la tranquilidad de la conciencia.

Los dos grandes preceptos de la Caridad, son la humildad y el amor al prójimo.

Por eso la Caridad, que no gusta de farsas ni de ruidos, ni de vanidades, solo se considera feliz cuando se encuentra en medio de la pobreza.

FRANCISCO DE LA CORTINA.

TOROS.

¡Ay, señor Director! ¡qué hombre tan pesado es el que me persigue!... Le digo á V. con verdad, que estoy aburrida, porque al fin, una tiene el alma en su almario y siente una, y en fin, una, cuando ve á un hombre tan rendido y tan enamorado, y se acuerda luego de su marido.... ¡Ay, señor Director de mi alma!—cualquiera creería que es V. un señor cura,—paso ratos muy amargos. El domingo hubo toros; á las doce nos empezamos á vestir mi amiga y yo, que, aunque la corrida no empieza hasta las cuatro y media, ya sabe V. que las mujeres necesitamos ese tiempo y más para vestirnos, sobre todo cuando tenemos que ver pelo por pelo si entre ellos hay alguna canita, no porque sea yo una vieja, nó, señor, sino porque con tantos disgustos no tendria nada de particular que se me volviera blanco el pelo y aun que me quedase calva, que en verdad digo á V. que ni el ministro Alonso, estudiando la Hacienda, tiene más quebraderos de cabeza que yo. Pues señor, á la una paró á la puerta de mi casa y de V., calle de la Estrella, un coche, y como yo tengo la costumbre de asomarme al balcon en cuanto oigo parar un coche, me asomé y vi uno magnífico, tirado por dos yeguas, no sé si eran yeguas ó yeguas, con su cochero, más elegante y estirado que un diputado en día de ceremonia, y su tacayo, con una levita de cuerpo entero. Pues señor, del coche no bajó nadie; pero como en el cuarto principal vive un médico, creímos mi amiga y yo que el coche se lo enviaria un enfermo para que fuese más pronto; pero el médico no bajaba, ni se abría el coche, y el cochero se recostó sobre la cubierta del coche, como quien trata de echar un sueño.

Mil conjeturas estábamos haciendo, al mismo tiempo que nos retocábamos y hermoseábamos, cuando oímos un fuerte campanillazo.

—¿Quién será? dijimos las dos á un tiempo.

De puntillas fui á la puerta, miré por el ventanillo y vi la magnífica, grave figura del lacayo, con unas patillas que metían miedo.

Los sollozos y los lamentos de los pobres morado-

res que han podido escapar con vida, contribuyen á hacer más sombrío y desconsolador aquel cuadro terrible, que no es posible contemplar con ojos enjutos.

La mayor parte de las familias han quedado envueltas en la miseria.

El desaliento se apodera de todos los corazones.

Parece imposible encontrar remedio á tantas calamidades, ni consuelo para tan grandes aflicciones.

Pero en medio de aquel cuadro desgarrador, en medio de aquel monton de ruinas y de recuerdos, se levanta brillante y magnífica la luz de la Caridad.

La Caridad es la eficaz medicina que derrama el mismo Dios sobre los dolores que afligen al género humano.

La Caridad hace desaparecer los horrores de la inundación, y lleva el placer de la resignación á todos los corazones.

Porque la Caridad es santa, y solo puede derramar en su camino beneficios y consuelos.

La Caridad es como Dios, que se encuentra en todas partes.

¿Quién no la ha visto brillar en las espaciosas y sombrías salas de los hospitales?

En los hospitales la Caridad es considerada siempre como un artículo de primera necesidad.

En esos sitios hospitalarios, donde muchas veces se carece hasta de lo más indispensable, ¿no habeis reparado, queridos lectores, qué pesada es la atmósfera que se respira y qué poco grato el espectáculo que presenta cuanto se ofrece á nuestra mirada?

¿No os ha ocurrido que tiene mucho de elocuente la profunda tristeza que se retrata en los desencajados rostros de tantos desventurados como yacen postrados en el lecho del dolor?

¿No os habeis detenido á considerar cuán amarga y cuán triste es la suerte de los pobres?

¿No os ha conmovido el ver á tantos infelices próximos á espirar, sin tener una persona de su familia á quien volver los ojos, y sin escuchar una palabra cariñosa que les dé valor en sus últimos momentos?

¡Ay, lectores! ¿qué sería de los desgraciados que van á morir á un hospital si Dios no velara por ellos?

Dios cuida de los pobres, y por eso la Caridad, que es la mensajera de Dios, se pasea orgullosa y tranquila por las desmanteladas y frías salas de los hospitales.

A todos los enfermos acude y á todos les ofrece consuelos.

Da resignación al que vacila, fuerzas al que desfallece, esperanzas al que las ha perdido.

¡Qué hermosa es la misión de la Caridad!...

¡Dichosos los que pasan por el mundo recibiendo las bendiciones de sus semejantes!

¡Dichosos los que se acercan con más gusto á la puerta del desvalido que á la del poderoso ó á la del magnate!

¡Dichosos los que saben ejercer la más hermosa de las virtudes!...

Pero no olvideis, apreciables lectores, que es muy fácil equivocarse al practicar la Caridad.

No olvideis que hay caridades muy sospechosas....

No confundais el gozo y la verdadera satisfacción que producen las buenas obras con el deleite despreciable y efímero de los encantos propios del orgullo.

Cumplid con Dios antes de cumplir con el mundo, porque de ese modo no vereis, es cierto, halagada vuestra vanidad, pero conseguireis encontrar o que inútilmente van buscando muchos por esta vida, que es la tranquilidad de la conciencia.

Los dos grandes preceptos de la Caridad, son la humildad

—¿Qué se le ofrece á V? preguntó.
—Señorita, contestó; abajo tiene V. E. el coche.
Me tragué el V. E. y añadió.
—¿Quién envía á V?
—Mi amo, el señorito, S. E.... y me dijo el nombre de mi perseguidor. Y me ha dicho, añadió, que diga á V. que no tenga prisa, que estamos á su disposición hasta la noche.

Y se bajó al portal.
Mi amiga y yo celebramos consejo de ministros, en vista de la gravedad del caso; yo me oponía á hacer uso del coche, pero mi amiga no veía que en eso hubiera mal ninguno, porque si bien es verdad que tengo marido, también es cierto que no le tengo, y por otra parte, yendo yo con una amiga, y solas en un coche, nadie podía decir lo mas mínimo en desdoro nuestro, y aunque él viniera con nosotras,—era un suponer,—tampoco por esto se nos podía motejar, porque nosotras podemos tener los amigos que nos parezcan dignos de serlo, sobre todo cuando son personas de la posición social de mi conquista, y ofrecen coche, yeguas, cocheros y lacayo de la importancia de los que estaban honrando la calle de la Estrella en aquel momento.

Al fin, despues de una luminosa discusión, resolvimos aceptar por aquella tarde el coche, bajo la reserva de hablar muy claro á su dueño y reprocharle enérgicamente su atrevimiento, y no aceptar otra vez el coche.

Una vez resuelta la aceptación del coche, pensamos que era una lástima no aprovecharlo más que para ir á los toros y volver luego á casa, y lo que hicimos fué acabar de vestirnos más pronto de lo acostumbrado, tomar un poco de pan con un poquito de salchichon, que siempre lo tenemos en casa, porque mi amiga suele padecer de flato, y á las tres, antes de las tres, ya estábamos montando en el equipaje, como dice en francés un español amigo nuestro, que no sabe francés ni español tampoco.

—¿A dónde vamos, señoritas? dijo el lacayo con el sombrero en la mano y las patillas tiesas de emoción y respeto.

—A la calle del Candil, le contesté; y fuimos allí á ver á una amiga que tengo, casada con uno que es de esos que tienen carros funebres, y despues fuimos á casa de otra amiga, mujer que ha estado muy bien y ahora ha venido á menos, la cual estaba precisamente al balcón, y se le conoció que le hizo un efecto el coche... y ella estaba rabiando por preguntar algo acerca del coche, pero no se atrevió.... Luego fuimos á casa de la modista á mandarnos hacer dos sombreros de esos que se usan ahora que parecen coberteras, y ¡apenas nos hizo cortesías la modista cuando nos vió bajar del coche!... Fuimos despues á casa del apoderado de mi amiga, que es huérfana y tiene pensión, y quiso ir á pedirle tres mil reales adelantados para comprarse algun vestido y otras prendas, porque si damos en andar en coche es preciso hacer algun sacrificio y presentarse como corresponde... El apoderado estaba un poco duro de pelar; pero habiendo entrado su hija y encarecido la elegancia y belleza de nuestro coche, soltó el padre los tres mil, por los que cobrará su tanto de culpa, por de contado. También fuimos al barrio de Pozas á ver á una familia que se ha mudado allí, porque no les prueba Madrid á los niños, segun dice el padre, pero en realidad, porque ha tronado como arpa vieja, y cinco ó seis

caseros del interior de Madrid le han desahuciado. Ya que estábamos allí, fuimos de paso á Chamberí, donde viven unas amigas nuestras, madre y tres hijas, que han tenido que estrecharse y reducirse por las circunstancias, y que siempre han sido tan envidiosas que, á no haber ido en coche, no nos hubiéramos acordado de visitarlas. El cocheros nos llevó despues por la Fuente Castellana; y estaba tan bueno el paseo, tan concurrido de carruajes y ginetes, que nos pareció conveniente, ya que teníamos coche, dar unas cuantas vueltas, aunque ya era hora de empezar la corrida.

Mejor hubiéramos querido que fuese el coche abierto, porque así se ve mejor; pero ¡qué remedio! tuvimos paciencia, y lo que hacíamos era ir siempre asomadas á la ventanilla, como los perros de aguas, ó los chiquillos vestidos de máscara. Eso sí, todo el mundo se nos quedaba contemplando, y las personas que ocupaban los demás coches se hablaban mirándonos, porque como la gente de coche se conoce toda, y á nosotras no se nos conoce por gente capaz de coche y yeguas, sin duda creerían que éramos algunas princesas extranjeras, ó acaso las señoras de dos de los ingleses que van á venir á poner aquí un Banco del cual es pié el Excmo. señor ministro de Hacienda. En fin, llamamos grandemente la atención, y dos ó tres ginetes caracoleaban constantemente en las inmediaciones de nuestro coche; entre ellos un pollo con el fraquelleno de cruces coloradas, y un viejo muy serio que debe haber sido ó ser militar, y que al pronto me pareció Hoyos, pero no lo era porque le vi sonreirse una vez que llegó muy cerca de nuestro coche, y Hoyos no creo que ha de ser hombre que se ria, y tan blando y mantecoso como parece aquel caballero.

No sé cómo se nos pasó el tiempo, pero el caso fué que cuando dijimos al cocheros que nos llevase á la Plaza, ya volvía la gente, y cuando llegamos sacaban ya al último toro arrastrando.

—¿Qué habrá dicho mi conquista, el dueño del coche, que sin duda nos esperó toda la tarde en la Plaza?

—¿Qué dirá V., señor Director, viendo que nada digo de los toros?

V. quedará satisfecho con saber que la corrida fué muy mala, pero mi dueño... del coche no me lo enviará acaso otra vez.

Al llegar á casa el cocheros nos dijo que su amo habría estado esperando toda la tarde nuestra llegada en la puerta de la Plaza, porque así le dijo que lo haría; pero que como también le habia dicho que se pusiera con el coche á nuestra disposición, él no se habia atrevido á hacernos observación alguna.

—Ay, señor Director! yo no puedo aceptar el amor de mi conquista, pero sentiré que se haya ofendido.

Esperemos á ver qué sucede el domingo.

MEDIA LUNA.

CRÉDITO AL TRABAJO.

Los resultados obtenidos por esta Empresa benéfica, durante el primer trimestre del año corriente, son los siguientes:

Inscripción de 60 industriales carpinteros, albañiles, destajistas, vidrieros, pintores, encuadernado-

y sus chistes siempre esparcian sobre alguna reputación una indeleble mancha calumniosa,

Pero los necios le aplaudían, y él contaba cada día con nuevo alborozo los hermosos doblones con que aumentaba su tesoro.

Es verdad que casi todos eran el fruto de los ahorros de la pobre viuda, ó el escaso patrimonio del huérfano desvalido; pero el mundo le quería así, y para él, que no tenía más idolo que el mundo, ¿á qué tomarse el trabajo de ser honrado y compasivo?

Despues de haber contemplado á Claudio en silencio durante un breve instante, le señaló con el dedo la aguja del reloj, que marchaba con una rapidez inaudita.

Claudio inclinó la cabeza sobre el pecho como un reo contrito, y no acertó á balbucear ninguna excusa.

El notario volvió á trazar sus rasgos sobre el papel con más precipitación que ántes, y pareció olvidar la presencia del pobre jóven.

Hubo un intervalo de embarazoso silencio. Claudio, por fin, despues de dar muchas vueltas entre sus manos al sombrero, se acercó tímidamente á la mesa y cogió algunos papeles.

Gámbara levantó la cabeza.
—Estais de más aquí, le dijo con una calma glacial.
—Esa es la puerta!

Claudio se puso alternativamente pálido y encendido.
—Señor, balbuceó en voz baja: he hecho mal... lo conozco.... ¡Esta mañana tenía calentura!... ¡sentía una imperiosa necesidad de refrescar mi frente con la brisa de la mañana.... ¡He ido al Retiro!... ¡Estaba tan hermoso!... ¡Oh! he hecho mal, muy mal, lo conozco; pero os juro no volver á entrar en él.

—Yo no me meto en los negocios ajenos, dijo el notario sin dejar de escribir: yo no soy vuestro padre ni vuestro preceptor. Paseaos todo el día si os acomoda; pero yo necesito un escribiente más activo, y lo he hallado en mi sobrino. Id con Dios.

Claudio quedó inmóvil, cual si sus piés se hubiesen adherido al pavimento.

Trascurrieron algunos minutos.
—¿Sois sordo? exclamó por fin el notario con tono brutal.

Claudio se dejó caer sobre una silla y prorumpió en sollozos:
—¡Oh! exclamó fuera de sí; ¡mi madre, mis hermanos, mi pobre abuela!

El notario se encogió de hombros, y murmuró en voz baja:
—Hace un mes que está aquí mi sobrino, á mesa y mantel, sin hacer nada, y por estas necias considera-

res, papelistas, tapiceros, los cuales han verificado hasta 130 imposiciones, desde 4 reales á 60 cada una, por semana ó por mes.

Los varios establecimientos que facilitan á la Empresa sus productos con grandes rebajas, llegan á hacer insensible el desembolso de las imposiciones, pues con una mano se da lo que se recibe con la otra. Publicaremos los nombres de los asociados en el número inmediato.

LA DESPEDIDA.

Fragmento.

La tarde va de vencida,
Sin viento se agita el mar,
Y el sol entre nubes de oro
Desciende con prisa ya.
Parece que arroja el día,
Cansado de caminar,
Su rojo escudo á las olas,
Que húmedo lecho le dan.
Toman desde lejos ellas
Carrera para asaltar.
Escollos que sobre el agua
La frente elevan audaz.
Embravecidas embisten,
Y vuelven gimiendo atrás,
Y salta del golpe al aire
Rota en lluvia la mitad.
Avanzan otras, que quieren
Las orillas inundar:
Igual confianza loca
Lleva desengaño igual.
Orgullosas amenazan,
Cuando lejanas están,
Creyéndose con empuje
Sobrado para llegar.
Pierde bulto á cada giro
El arrollado cristal,
Y en hoja líquida leve
Se desdobra al acabar.
Retrocede, presumiendo
Volver con mayor caudal,
Y cada vez que lo intenta
Ve la márgen más allá.
Espumas escalonadas
Quedan por el arenal,
Que atestiguan de su empeño
La burlada vanidad.
Puso á la naturaleza
El Sér que siempre será
Leyes de límite fijo,
Que es imposible pasar.
Esto vió y esto pensaba,
Melancólico además,
Un viajero de la vida
Con poca ya que viajar.
Asiento le da un peñon
Carcomido por la edad,
Socavado por las olas,
Que le minan sin cesar.
Al sol, que del horizonte
Pronto desaparecerá,

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

DOÑA ÁNGELA GRASSI.

CAPÍTULO PRIMERO.

(Continuación.)

También él era feo; pero su fealdad no estaba embellecida por la bondad del corazón: tenía la frente chata, los ojos hundidos, la nariz puntiaguda y angulosas las mejillas. Su color era cetrino, y la barba negra y espesa daba un tinte más sombrío á su sombrío semblante. Mezclada á esta expresión torva habia una expresión innoble, que revelaba la ausencia de una buena educación y de ideas elevadas y generosas.

En presencia de aquel hombre, el alma se sentía sobrecogida de un repulsivo horror, como el que se experimenta á la vista de un reptil inmundado.

Y no obstante, se llamaba don Pedro de la Gámbara, era un notario acreditado, dueño de la casa en que vivía, y de otras dos situadas en la calle del Arenal. Podía llamarsele hombre rico, aun en Madrid, en donde hay tantos que lo son ó aparentan serlo de una manera fabulosa, y merced á este título tenia su pequeña corte de aduladores, en la cual brillaba como despótico monarca.

También pasaba por agudo é ingenioso, porque la desvergüenza y la maldad del corazón, permitiéndonos decir cuanto pueda ofender á los demás, pasa en el mundo por agudeza y gracia.

Hablando mal de nuestros amigos, siempre hallaremos eco en cuantos nos rodean, y en general, los graciosos, que á trueque de decir un chiste, ponen en ridiculo á la persona más respetable, suelen ser bien acogidos y aun buscados.

Gámbara hablaba con incisivo sarcasmo, porque la envidia le roía las entrañas. Deseara labrarse un pedestal sobre los despojos de cuantos valian más que él,

ciones he estado sosteniendo á un haragan como vos!

—¡Oh! ¡yo trabajaré! ¡trabajaré! exclamó Claudio con voz suplicante.

—Basta: he dicho que tomeis la puerta.

—¡Pero esto no es posible! repuso el triste jóven retorciéndose las manos con desesperación: ¡tienen hambre, nos van á echar de la casa!... ¡Ocho días! ¡pagadme anticipados ocho días, y prometo trabajar incansablemente, aunque tenga que morir despues!

—¡Ni ocho días ni ocho minutos! ¡Es cosa resuelta: id con Dios!

Claudio levantó la cabeza. En sus ojos, inundados de lágrimas, brillaba un rayo de salvaje cólera.

—¡Pagadme los quince días que van de este mes! exclamó fuera de sí.

El notario depuso la pluma en el tintero, cruzó los brazos sobre el pecho, y fijó en el jóven sus ojillos pardos y burlones.

—¡Pagaros estos quince días! exclamó con voz chillona. ¡Pero, mentecato! yo soy, por el contrario, quien deberia exigir que me resarcierais de los perjuicios causados por vuestra morosidad! ¡Estos últimos tres días no habeis hecho nada más que emborronar papel! Estas tres copias de testamento se han de rehacer.... ¡Qué letra tan desigual é ininteligible!

—Estaba enfermo.

—Pues haberse quedado en cama.

—¡Y mi familia!

El notario se encogió de hombros.
—¡Ay! dentro de poco, ya no tendré ni aun cama en donde reclinar la cabeza, exclamó Claudio dolorosamente.

—¡El hospital es grandel dijo Gámbara sonriendo con desden.

El jóven echó sobre aquel hombre sórdido y endurecido una mirada de supremo desprecio, y cogiendo su sombrero salió precipitadamente.

—¡Eh! ¡eh! murmuró el notario entre dientes. ¡Estos sábios del día lo aprenden todo y no saben nada! ¡Quiere entender de literatura, ¡y aun no sabe ser copista!

Cuando Claudio, ciego de desesperación, atravesó la antesala, sintió que una mano cogió la suya, y oyó una dulce voz que le decia al oido:

—¡Paciencia, hijo mio, paciencia! ¡Dios no abandona jamás! ¡Pensad en vuestra familia! ¡Tened resignación! Claudio miró á la que tan tiernamente le hablaba, y vió á una mujer alta y pálida, cuya fisonomía tenia una expresión de célica dulzura. Era la mujer del notario.

(Se continuará.)

Contempla en su brillo escaso,
Que deja el disco mirar.
La fuerza del mar contempla,
Y nota que es incapaz
De extenderse más adentro
Del humilde valladar.
Limitación, decadencia,
Término fijo, fatal,
En el mar ve y en la roca
Y en el grande luminar;
Y en sí, criatura débil,
Quisiera no ver jamás
El forzoso cumplimiento
De la ley universal.

«El hombre (exclamó) se encuentra
en el campo de la vida,
Sin saber a su venida
Con qué condiciones entra.
Mudo en sí se reconcentra
El día que ve llevar
Un cadáver a enterrar,
Y voz funesta le advierte
Que en aquello, que es la muerte,
Cuanto vive ha de parar.
»Conozco sobrado bien,
Si atento al origen subo,
Que lo que principio tuvo,
Fin debe aguardar también.
Mas ¿por qué nevar la sien
Que rizos de oro ha lucido?
¿Por qué torpe y dolorido
Volver el añoso brazo?
Muriera el viejo a su plazo,
Sin morir envejecido.
»Suframos que la vejez
Luche con el cuerpo y venza:
Pierda la dorada trenza
Vénus y la fresca tez;
Mas, con el rostro a la vez,
¿Por qué el alma se ha de ajar?
¿Por qué el tesoro agotar
De sus nobles facultades,
Cuando alcanza eternidades
La carrera que ha de andar?
»Lleve el hombre su razón
Hasta la tumba, conserve
Llama el fuego con que hierve
Su vaga imaginación;
Su memoria en la ocasión
Dígame siempre «heme aquí;»
Mandé yo en mí ser, y así
Mi fin me hallará resuelto,
Aunque la edad me haya vuelto
C aricatura de mí.»

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Biarritz 4 de Setiembre de 1863.

CASCABELES.

La prestidigitadora Millé. Anginet ha logrado cantar estas noches al público del teatro de Variedades con sus sorprendentes juegos, con su gracia y discreción, y con unos preciosos cuadros que sorprenden gratamente al espectador.

En la casa de Socorro del 2.º Distrito, sita en la calle de Fuencarral, núm. 69, se procederá en los días 16, 20 y 30 del corriente mes, a las tres de la tarde, a practicar la inoculación de la vacuna a los niños pobres del mismo, que comprende los de Hospicio y Buenavista.

Muchos aficionados a música, y abonados a los toros, suplican al amigo Barbieri, por medio de EL CASCABEL, que traslade el segundo concierto que se anuncia para el domingo 22 al lunes 23, porque, aunque el concierto acabe antes de empezar los toros, no quisieran los aficionados a música recibir en una misma tarde tan contrarias impresiones.

Esto de asistir cada año ó cada dos a la confección de una nueva ley ó reforma de ley de imprenta, es cosa divertidísima, y que francamente, no da muy buena idea del sistema de los Gobiernos ni del de los periódicos.
En fin, adelante con los faroles.

A las clases pasivas en Vitoria se les hace esperar tres meses la paga de uno.

A las activas les sucede generalmente lo propio.
A los imponentes en la Caja de Depósitos se les dice una y otra vez al vencimiento de las cantidades que impusieron, que no hay dinero.

En fin, el Gobierno hace que a Vitoria llegue tan poco dinero, que ya nos escriben de allí preguntándonos cómo son ahora las pesetas, y si se usan todavía moneditas de cinco duros.

Pues señor, el señor Benete ha presentado a un diputado, para que éste lo haga al Gobierno, un proyecto en el que promete desempeñar a la nación de sus deudas, quitar las contribuciones y consumos, traer metálico y gente del extranjero, aumentar el ejército y marina, y ocupar todos los brazos en obras importantes.

Apaga ¡oh Gobierno! y vete
y que forme gabinete
el solo, el señor Benete
que tales cosas promete.

Los dos conciertos de Barbieri se verificarán el 16 y el 23 en el Circo del Príncipe Alfonso, empezando a las dos de la tarde. Los precios son módicos, y es de

esperar que el público responda con vivo interés a los que le llaman a oír buena música.

No hace mucho tiempo que en una de esas batallas que se llaman pedreas y se verifican a las puertas de Madrid, fué gravemente herido uno de los que se divierten en ese entretenimiento; pues el otro día otro joven fué también gravemente herido en una función idéntica.

Esto es decir a VV. que aquí no hay policía, ó a lo menos no la hay para perseguir a los vagos y evitar esos espectáculos.

Charadita.

La primera fué un ministro,
y aun ha de volverlo a ser;
repetida muchas veces
la segunda te diré
cuando oigo hablar a un ministro
de que no quiere el poder,
ó cuando en la escena dicen
un chiste de buena ley:
la segunda y la primera
no te gusta si es mujer,
pero en el plato, de fijo
que muy de tu gusto es;
y el todo es una señora
que en las calles no se ve,
y no se ocupa en las modas
ni quiere parecer bien,
ni tiene un buen maridito
a quien cuidar y querer.

El miércoles tuvo lugar en el afortunado teatro del Circo la función a beneficio de Matilde, la actriz querida de nuestro público. Representóse por primera vez una comedia nueva titulada *La familia*, original de nuestro distinguido y siempre aplaudido don Tomás Rodríguez Rubí. Merece esta obra que en su examen y en hacer conocer sus bellezas y sus lunares, nos ocupemos detenidamente, y hoy debemos limitarnos a consignar que el éxito ha sido felicísimo, y que el poeta y los actores fueron aclamados calorosamente por el público.—El pensamiento del poema es sumamente oportuno: acaso a nosotros nos satisface más el pensamiento que la manera de presentarlo. La ejecución de esta obra es perfecta. No tenemos necesidad de citar nombres: todos los actores cumplen admirablemente bien su cometido.

La pieza *Justicia y no por mi casa*, tiene alguna gracia, pero es demasiado larga.

Pues señor, tenemos un préstamo francés, y tendremos un Banco inglés.

Si hubiera habido buenos Gobiernos, los franceses y los ingleses se estarían en su casa, y no se vendrían a dar tono con nosotros.

Geroglífico del número anterior.

En esta pobre fosa el tesoro de España reposa.

Dice un anuncio que hemos recibido:

«El colchonero Manuel Ramos, que vivía en la calle de las Platerías, número 27, se ha trasladado a la acera de enfrente, número 34, piso principal, donde ofrece a V. sus servicios, advirtiéndole que tiene un *vareador de brios*, y tratará de dar gusto a sus parroquianos, como siempre.»

Si saben VV. de algún político que necesite un *vareador de brios*, recomiéndenlo VV. al citado apreciable colchonero, que por lo visto trata a sus parroquianos a varazos.

La Sociedad abolicionista española ha acordado dar premios, consistentes en medallas de oro y plata, título de socio y mención honorífica, a los autores de las mejores poesías que sobre el importante asunto a que aquella se dedica se presenten en la secretaría de la sociedad, antes del 20 de Mayo.

No podemos dejar de aplaudir este pensamiento.

Charadita del número anterior.

No hay cosa que más me cargue
en este mundo de farsa,
que un ministro incompetente
ó una muchacha romántica.

¿Quién había de decir que la Union liberal había de querer reformar la ley de imprenta en un sentido tan restrictivo, que habían de asombrarse hasta los mismos neo-católicos?...

Pues esto sucede, y no hay que extrañarlo, porque ya hemos dicho que aquí todo lo absurdo é inverosímil es lo más natural del mundo.

El otro día intentó suicidarse una joven en la calle de Toledo, porque varias amigas ó conocidas suyas criticaban su conducta.

Pues si los ministros fueran a matarse por eso...

Cada día llegan a nuestra noticia nuevas infracciones del *Reglamento orgánico de las carreras civiles*, siendo doblemente extraño que, los que lo han formado, de tal manera los desautoricen, y tengan en tan poco su observancia.

Por otro Centro directivo del ministerio de Hacienda, se ha declarado cesante, a fines del mes último, para dar su plaza a otro, a un honrado padre de familia, con 21 años de servicios.

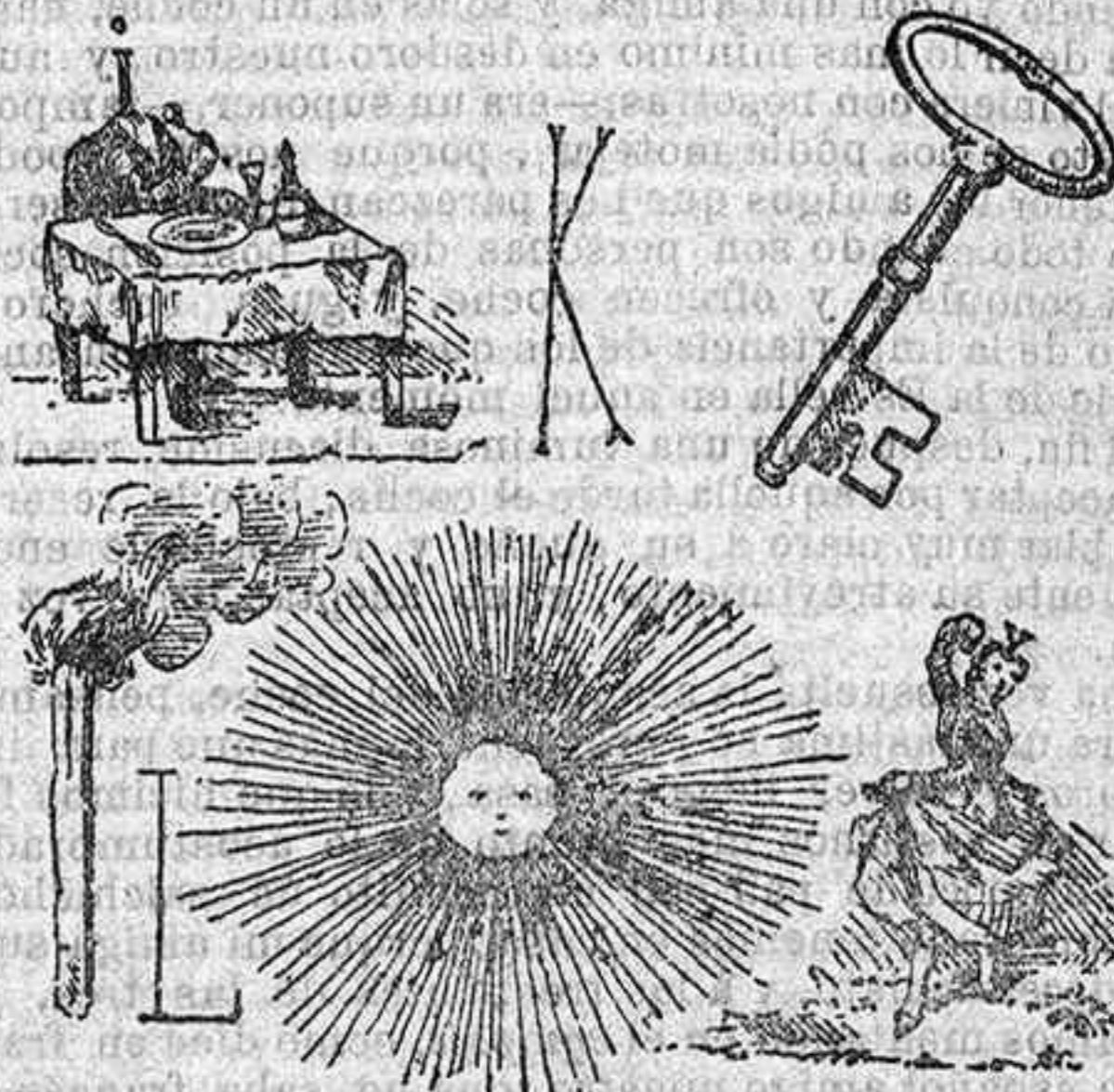
El desgraciado a quien dejan sin pan por este moti-

vo, tuvo conocimiento de su cesantía el 21 de Marzo, pero la Real orden tenía fecha del 5. ¡Cuánto saber!

Se han repartido las entregas 17, 18, 19 y 20 de la Biblioteca *Sal y Pimienta*. Se van a repartir en Madrid la 21 y 22, y a provincias se remitirán juntas desde la 21 a la 24.

Se trabaja para la creación de un Teatro nacional. Ya sé yo dónde haría este teatrillo; allí, cerca de la Zarzuela.

GEROGLÍFICO.



ANUNCIOS.

Un joven profesor, abre su academia de Música el 15 del presente. Primeras nociones de solfeo, 20 rs. al mes. Solfeo y piano, 30. Piano y vocalización, 40. También se dan lecciones a domicilio y de armonía a precios convencionales. Conde-Duque, núm. 7, cuarto 4.º

El almacén de camas de la Plazuela del Ángel, núm. 6, se traslada a la calle de la Concepción Gerónima, núm. 30, y por evitar gastos de traslado, se venden las camas a precio de factura. También se cede el local.

MANUFACTURA DE SOMBREROS.

Valverde, 18, y San Onofre, 5.

ARTÍCULOS DE SOMBRERERÍA POR MAYOR Y MENOR.

Se han recibido 6,000 hongos de todas clases, colores y formas, de las mejores fábricas del extranjero, desde 28 reales hasta 60.

Sombreros topos ó terciopelos de 1.ª clase, a 65; id. de eclesiástico, de castor, a 70, de 1.ª. Por mayor se hace un 5 por 100 de rebaja.

Id. de copa superiores, a 60, de 1.ª a 50, y de 2.ª a 45.

Un diez y nueve mil reales anules se alquila el cuarto principal con cochera de la casa de nueva construcción, calle del Piamonte, núm. 6. Consta de muchas y elegantes habitaciones, con dotación de agua de Lozoya, magnífica entrada y escalera decorada con gusto. Le manifestará el portero, y para tratar de condiciones, en el cuarto 3.º de la derecha de la misma.

Papel pintado y trasparente.—Novedad y baratura en todas clases; decoraciones, adornos y colocación esmerada.—Calle de Tetuan, núm. 1.

CORSÉS HIGIÉNICOS.

La *cintura-regente* y el corsé a la *emperatriz*, se recomiendan por su linda forma, que no incomoda al talle más delicado.

Con otras muchas clases, se han recibido en La Palma, comercio de sedas, calle del Príncipe, núm. 11.

PROVEEDOR DE SS. AA. RR.

CALLE DE JARDINES, NÚM. 5, TIENDA.—MADRID.

Accite de bellotas para el pelo. (Privilegiado) a 6, 12 y 16 rs. bote. Ningun aceite ni pomada antiguo ni moderno, ha adquirido en España una reputación mejor merecida que nuestro aceite de bellotas para *ocultar las canas*, evitar salgan otras, contener la caída del pelo, hacerlo salir en calvas recientes ó inveteradas, darle lustre, salud y desarrollo al pelo enfermo.

Los espontáneos elogios de 18 periódicos científicos, la popularidad de este producto, las recomendaciones infinitas de célebres médicos higienistas, y la venta en tres años de 94,000 botes, justifican plenamente su bondad.

También se usa con ventaja, en vez de los aceites y pomadas, para conservar y dirigir una buena cabellera.

Depósitos: Barcelona, Borrell hermano. Valladolid, perfumería del Ramillete Oriental. Cádiz, calle del Rosario, 10. Valencia, perfumería de Melendez. Quintanar de la Orden, droguería de Villacañas. Pamplona, perfumería de Razquin. Alicante, droguería de Soler, etc., etc.—L. de Brea y Moreno.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de El Cascabel,
a cargo de M. BERNARDINO,
calle de los Caños, número 4, bajo.